

ces: «Soy partidario decidido del progreso, sobre todo en economía política; pero creo que aquí es donde hay que aflojar la rigidez de los principios que proclama la ciencia respecto de la producción de la riqueza, porque hay que tener consideración a los beneficios que resultan de la manera de repartir las utilidades y del modo de excitar al obrero a trabajar, asegurándole una parte abundante en el fruto de su trabajo.» La cuestión era si debía seguir la sericultura siendo una industria doméstica, como lo era en el Piamonte y en la Lombardía, ó si debía aconsejarse la explotación en grande escala, como lo habían aconsejado en Francia Arcet y Camillo Beauvais, dos escritores especialistas en el ramo. Si fuese ésta simplemente una cuestión técnica, quedaría decidida en seguida á favor de la explotación en grande escala; pero era una cuestión de economía nacional en la cual estaba en primer lugar el bienestar de la población agrícola, tanto mas cuanto que en la Lombardía existían arreglos que permitían obtener las ventajas de la explotación en grande sin matar la industria doméstica. Por esto y en vista de aquellos arreglos lombardos, Cavour se decidió por la industria doméstica, diciendo que estaba en el interés de toda la sociedad que este ramo de industria rural no experimentase un trastorno como el que había sufrido la industria del lino, porque este trastorno rompería los lazos de simpatía y afecto que existían entre los propietarios del territorio y los cultivadores, cuyos lazos debían conservarse y robustecerse mucho mas en nuestro siglo, aun á costa de sacrificios pecuniarios; «la experiencia, dice Cavour, prueba en mi país diariamente que no hay medio mas eficaz para estrechar los lazos con las familias campesinas que encargárselas la cría de gusanos de seda. Esto da al propietario del terreno la ocasión de visitar al labrador en su casa, de conocer su vida íntima y tomar parte en todo lo que le toca de cerca. Estas visitas, cuya primera causa es frecuentemente solo la cría de los gusanos, producen mucho bien y se les debe, segun me consta, la mejora de muchas casas de labradores pobres.»

Mientras el conde de Cavour se ocupaba así seriamente y con gran profundidad en sentar las bases económicas de toda libertad política, el fugitivo genovés José Mazzini enarboló en Marsella la bandera de la *jóven Italia*; y esta jóven Italia de los entusiastas y fanáticos acudió á su bandera en tanto número, que Mazzini es aun hoy día para sus partidarios el verdadero libertador de la Italia (1). Cavour jamás fué partidario de Mazzini y mucho antes que éste entrara en escena se había adherido Cavour al principio monárquico, al cual no abandonó jamás. El ensueño de Mazzini era una república italiana, y para realizar este ensueño era preciso derribar todos los tronos y emplear la fuerza bruta. Cavour ni quiso la república ni los medios para realizarla. En 1833 escribió acerca de los locos propósitos de los anarquistas: «Hace pocos días que se ha descubierto aquí una conjuración de ultra-republicanos que, sin otro medio mas que su locura, querían derribar el gobierno para fundar no sé qué; se han cogido algunos papeles y se ha preso á buen número de sargentos que formaban una sociedad muy revolucionaria. Esta conjuración de cerebros calcinados, que era irrealizable, tendrá solamente por consecuencia que nuestro gobierno se eche mas y mas en los brazos del Austria y de los congregacionistas. El resultado mas afectivo de la revolución de junio, resultado que casi contrabalancea sus grandes beneficios, es el haber dado origen á un partido salvaje, frenético y demente que fija la vista en una ilusión, quiere ade-

(1) En una pared de la universidad de Génova, dedicada exclusivamente á Mazzini, se lee en italiano: *Tú lo quisiste y la Italia fué.*

lantarse al porvenir y hacer triunfar á cualquier precio un sistema ahora imposible. A este fin precipita á la sociedad en un caos horroroso, del cual solo se puede salvar por medio de un poder absoluto y brutal, ora sea despótico, ora aristocrático. A pesar de esto que digo contra el partido republicano, que nos hace tanto daño en Italia, aseguro á usted que conservo una fe firmísima en el porvenir de la humanidad y en la ley del progreso de la sociedad.»

La vida en el campo conservó al cuerpo de Cavour la salud y al alma el equilibrio, mientras el idealismo tenía á sus compatriotas calenturientos y entregados á convulsiones terribles. La agricultura hizo contrapeso á la ambición que interiormente le devoraba, y tanto lo sabia, que en setiembre de 1843 escribió en un artículo muy precioso que publicó la *Biblioteca universal de Ginebra*: «La agricultura, decía, ha sido el refugio de todos los partidos vencidos.» Y dió á todos los hombres de Estado el consejo de buscar en la vida rural los remedios que allí estaban á mano para curar la sociedad, enferma de abajo arriba. Decía que un propietario territorial que supiese vivir entre sus campesinos y labradores, aprendería por experiencia cuáles eran los lazos nobles que habían de reemplazar á los innobles del feudalismo. La influencia moralizadora de los ricos sobre los pobres, del hombre instruido sobre el bracero inculto, de la clase propietaria sobre la obrera, consolidaría de nuevo las bases del orden social y alejaría los peligros con que las amenazaba el espíritu revolucionario. Estos peligros perderían mucho de su magnitud si todos aquellos que gastaban su elocuencia en lamentarse de los progresos de una democracia inflexible, emprendiesen la lucha contra esta democracia en sus propias haciendas, empleando los medios irresistibles que estaban en manos de todos los propietarios.

Una de las razones por las cuales el príncipe de Bismarck recomienda la vida campestre como escuela preparatoria de un ministro, está en que mantiene vivo el sentido moral de las fuerzas que dominan en el alma del pueblo y con las cuales se pierde todo contacto viviendo únicamente en la ciudad. En ésta se cuenta con valores y cantidades aparentes, lo cual es tan peligroso para los políticos, reducidos á hablar únicamente consigo mismos, que les hace perder la facultad de distinguir entre el poder y la impotencia, entre las frases y los hechos. El inexorable sentido práctico que solo cuenta con la realidad y que conservó Cavour hasta su edad madura le preservó de todos los errores de la ideología política; y este sentido tuvo sus raíces profundas y robustas en la vida rural. Con la misma energía se resistió á seguir las tendencias que le impulsaban hácia la izquierda que las que le solicitaban hácia la derecha. Cuando el abate Vicente Gioberti publicó en 1843 su libro singular sobre el derecho de primogenitura civil y moral de los italianos (*Del primato civile e morale degli italiani*), anunciando el renacimiento de su país á la unidad y libertad por el poder milagroso de la Iglesia romana, de sus papas y sacerdotes, se atrajo muchos patriotas de vista poco clara; y cuando en el año 1846 el papa Pio IX se entregó á tentaciones nacionales y liberales, pareció realizada brillantemente la profecía de Gioberti, tanto que fué menester una fuerza de alma extraordinaria para no dejarse arebatar por aquella corriente poderosa de ilusión nacional. Pero entre los pocos que tuvieron esta fuerza de alma figuraron el anciano poeta Niccolini, de Florencia, el creador del drama nacional italiano, á quien con razón han erigido sus compatriotas un monumento digno de él en la iglesia de la Santa Cruz, y el jóven conde de Cavour, que no alude en ninguna de sus cartas, escritos y discursos á este episodio en la historia de los errores de su pueblo, pero que señala en todas partes al clericalismo como el espíritu

maligno de su patria. Solo del rey de Cerdeña y del Estado, y no de la Iglesia ni de ningún Papa, esperaba Cavour la salvación de su patria, y aunque agradecía á su amigo Balbo su libro: *Las esperanzas de Italia*, no dejó de disgustarle que hubiese dedicado este libro á Gioberti, y decía: «Soy amigo de Balbo, bien lo sabe Dios, pero lo único que me hace disenter de él es su *giobertismo*.»

Ni las conspiraciones de los anarquistas ni las nimiedades de las sacristías han hecho unida, libre y grande á Italia, sino el trabajo asiduo de todas sus fuerzas vitales, la lucha y la victoria de su única monarquía nacional.

A fines del año 1845 el conde de Petitti, consejero del rey Carlos Alberto, dió á la imprenta un escrito sobre: *Los ferro-carriles de Italia y su disposición preferente*, y en mayo del año siguiente, la *Nueva Revista* de Paris publicó sobre este escrito un artículo del conde de Cavour que se lee hoy como un verdadero programa de ministro (1).

En 1840 y aun hasta algunos años después había inteligencias de primer orden que no comprendían todavía la importancia de los ferro-carriles. Thiers dijo en 10 de mayo de 1842 en la cámara: «Yo por mi parte jamás he participado del entusiasmo que se sentía hace algunos años por los ferro-carriles.... No pertenezco á la clase de aquellos que creen que los ferro-carriles prestarán en la guerra todos los servicios que de ellos se esperan.... Ignoro si en Francia se servirán de él los obreros, pero lo que sé es que los labradores harán poco uso de ellos.» En 1843 dijo Guizot al general austriaco Wallmoden: «¿Qué quiere V. que le diga? (Esto de los ferro-carriles) es una manía que se pega.» Estas expresiones prueban que hasta en la Francia parlamentaria había hombres de los que no tenían la vista oscurecida por el polvo de los expedientes y que, sin embargo, no sabían apreciar el valor de los ferro-carriles. Pues bien, el conde de Cavour designa en el sentido del escrito de su amigo Balbo, los ferro-carriles como una de las grandes esperanzas de Italia, diciendo que llegarían á extenderse por todo el mundo, que darían un desarrollo incalculable á la industria hasta de los países mas adelantados, pero que para los países atrasados llegarían á ser el arma que vencerá á los hombres que les tenían en la infancia industrial y política. La locomotora, en su opinion, tenía la misión de vencer el vergonzoso atraso en que vivían varias ramas de la gran familia cristiana; y en este sentido ningún país podía esperar mayor beneficio de los ferro-carriles que la Italia. Cavour aprobaba la red propuesta para el Piamonte, segun cuyo proyecto debían irradiar desde Alejandría tres grandes vías férreas, una hácia el Norte al lago Mayor, otra al Mediodía, á Génova, y otra al Oeste, á Turin; alabó la actividad con que Austria unía á Venecia con Milan por un ferro-carril, é indicó la pequeña interrupción entre las redes férreas de Austria y de Cerdeña, que se llenaría con un ferro-carril desde Milan al Tessino. Esto, dice, aumentaría el poder austriaco en Italia y facilitaría á sus armas la presión; pero tal consideración no debe espantar, porque «si el porvenir reserva á la Italia mejor destino, si este hermoso país, como es permitido esperar, está destinado á recuperar un día su nacionalidad, será solo á consecuencia de una transformación de Europa, de uno de aquellos sucesos grandes y en cierta manera providenciales en los cuales no influye la posibilidad de transportar mas ó menos rápidamente por vías férreas unos cuantos regimientos. Ha pasado el tiempo de las conspiraciones; la liberación de los pueblos no puede ser ya efecto de una conjuración, sino que es el fruto forzoso del progreso de la civilización cristiana y del aumento de la ilustración. Las fuerzas mate-

(1) Véase para todo esto Chiala.

riales de que disponen los gobiernos serán impotentes para conservar bajo el yugo á los pueblos conquistados cuando suene la hora de su liberación; cederán ante la fuerza de los poderes morales, que cada día se aumentan y que con el auxilio de la Providencia producirán mas tarde ó mas temprano un movimiento político en Europa, del cual la Polonia y la Italia sacarán mas ventaja que ningún otro país. La vía férrea que pone á Viena á unas cuantas horas de Milan, no podrá impedir tan grandes sucesos. Por eso mismo el camino de Viena á Trieste es uno de aquellos cuya realización es de desear mas que ningún otro; pues si ahora resulta tan útil á la agricultura italiana, á la cual abre muchos canales de exportación, en tiempos venideros, cuando el estado de conquista haya sido reemplazado por un estado de igualdad de derecho y de amistad, será una vía que prestará servicios incomparables al país, facilitando la influencia mútua intelectual y moral, que mas que nadie vemos nacer entre la grave y profunda Alemania y la Italia de inteligencia chispeante.»

Después de extenderse sobre la marcha del movimiento nacional contra el orden político territorial creado por el congreso de Viena, sin consideración á derecho, nacionalidades ni voluntad de los pueblos, dice: «Se ha generalizado el sentimiento de nacionalidad; se hace cada día mas fuerte, y tan poderoso es ya, que puede unir en Italia á todos los partidos á despecho de lo que los separa. Ya no es este sentimiento propiedad exclusiva de una secta ni de los adeptos de doctrinas fantásticas, y por eso estamos convencidos de que el elocuente llamamiento dirigido por el señor Balbo á todos los italianos habrá prendido fuego en mas de un pecho que adornan los distintivos de los primeros cargos del Estado, y habrá despertado mas de un eco entre aquellos que, fieles á las tradiciones de sus mayores, ven en la legitimidad la base de su fe política.»

La esperanza de los que tenían esta fe política era el rey de Cerdeña, del cual se decía por conclusión: «El fomento de la instrucción elemental, el establecimiento de varias cátedras de ciencias morales y políticas, las facilidades que se dan al espíritu de asociación en el terreno de las industrias y de las artes, y varias otras disposiciones, aun sin hablar de los ferro-carriles, prueban suficientemente que el ilustre monarca que con tanto brillo reina en este país, está decidido á no apartarse de la política gloriosa que en lo pasado ha hecho de su familia la primera dinastía italiana y que en el porvenir la elevará á mayores destinos todavía.»

A fines de 1847, cuando el rey Carlos Alberto acababa de conceder algunas facilidades á la prensa política, dió el conde de Cavour el gran paso que le introdujo en la vida política, vida que no abandonó ya en adelante. Entonces fundó con sus amigos Balbo, Santa-Rosa y Castelli el famoso periódico titulado: *Il Risorgimento* (La Resurrección), cuyo primer número apareció en 15 de diciembre del citado año y cuyo programa, «constitución, parlamento é independencia,» se cumplió en el siguiente mes de marzo, pues el día 4 del mismo otorgó Carlos Alberto su constitución; el 16 se encargó del gobierno el nuevo ministerio presidido por Balbo y el 19 llegó la noticia de la sublevación de Milan, lo que movió á Cavour á tocar á rebato publicando el 22 de marzo un artículo con el título: *La hora suprema de la monarquía de Saboya*. En este artículo decía al vacilante rey estas palabras solemnes: «Ha sonado la hora de la monarquía sarda, la hora de las grandes resoluciones, la hora de la cual dependen los destinos de los imperios y la suerte de los pueblos. En vista de los sucesos ocurridos en la Lombardía y en Viena no es permitido vacilar, dudar, fluctuar; esto sería la política mas funesta. Somos hombres serenos, mas habituados á escuchar

los dictados de la inteligencia que la voz del corazón, y después de haber pesado cuidadosamente cada una de nuestras palabras, debemos decir en conciencia: solo un camino se presenta abierto para la nación, para el gobierno, para el rey: ¡la guerra! ¡la guerra al instante y sin demora! No hay que retroceder: la nación está ya en guerra con Austria; ya se levanta en masa para correr al auxilio de los lombardos; ya han pasado los voluntarios la frontera; nuestros conciudadanos fabrican y expiden públicamente municiones de guerra á los milaneses. Es evidente que la paz con el Austria ha cesado; los tratados antiguos están pisoteados y rotos por ambas partes. No hay, pues, que discutir si debemos romper las hostilidades ó no. La única cuestión es si queremos declararnos franca y honradamente á favor de la causa de la humanidad y de Italia, ó si queremos permanecer en los tortuosos caminos de una política de ambigüedad. Siendo esta la situación, repetimos que no es permitida la duda. Hasta para los hombres menos ardientes, para los hombres más cautelosos del Estado es claro y evidente el deber del gobierno. En la situación en que nos hallamos la osadía es la verdadera prevision, la que debe servir de guía mejor que la reserva.»

Este era el espíritu y carácter del hombre al cual vimos decidir el triunfo de la reforma del conde de Siccardi, en 7 de marzo de 1850, y que se encargó en 11 de octubre del mismo año, en lugar de su amigo Santa-Rosa, del ministerio de Comercio, de agricultura y de marina, para tomar después en 19 de abril de 1851 la cartera de Hacienda.

La primera obra del nuevo ministro de Comercio fué una reforma comercial por medio de tratados con Francia (5 de noviembre de 1850), con Bélgica (24 de enero de 1851), con Inglaterra (27 de febrero de 1851) y otros en este mismo año con la Suiza, la Unión aduanera alemana y los Países-Bajos. Económicamente considerado, el tratado de comercio celebrado con Francia, cuyo gobierno apenas principiaba á abandonar la antigua política de prohibición, era tan desfavorable que el parlamento no lo habría votado si el ministerio no lo hubiese recomendado por motivos políticos y no hubiese hecho de su aprobación cuestión de gabinete. Cavour dijo á la cámara en la sesión del 28 de junio de 1851: «En vista de los sucesos que pueden presentarse es prudente y conforme á los intereses verdaderos del país ponernos bien con la Francia. No por esto hemos sacrificado las cuestiones económicas, pero las hemos colocado en segundo término. Motivos políticos nos han decidido á aceptar este tratado, que robustece nuestras buenas y cordiales relaciones con Francia y nos ahorrará el dolor, si acaso se presentan complicaciones, de hallarnos en una guerra aduanera con una potencia con la cual nos mandan entrar en alianza todos nuestros intereses.»

La guerra de Crimea trajo la situación que desde años antes esperaba Cavour, y el haber utilizado esta situación para el porvenir político de Italia fué la segunda obra de Cavour en este sentido. Ya era una gran satisfacción para el vencido de Novara la invitación que la corte de Turin recibió de Inglaterra y después de Francia para entrar en la alianza de las dos potencias, pactada el 10 de abril de 1854; y como todo el plan secreto de Cavour estaba basado sobre la ayuda que en su día le prestaran estas dos grandes potencias, no pudo ser mayor su fortuna al ver que sin él buscarla le ofrecían la ocasión de adquirir derecho á su gratitud y re compensa.

En la alianza en que debía entrar el Piamonte había entrado también desde el 2 de diciembre de 1854 el Austria, su enemigo mortal, pues por medio del Austria habían pensado la Francia y la Inglaterra hacer tomar parte en la guerra

á la Prusia y á la confederación alemana. La situación interior del Piamonte no tenía tampoco nada de favorable; en la hacienda no se había llegado al equilibrio entre los gastos y los ingresos; con Roma y con el clero se estaba en guerra declarada con motivo de la proyectada supresión de los conventos, y el Austria había embargado los bienes de los lombardos que habían adquirido en el Piamonte derecho de ciudadanía. En semejante situación era una verdadera temeridad enviar 15,000 hombres, la mitad del ejército, á un teatro de guerra apartado y en el cual las fuerzas de las grandes potencias habían derramado torrentes de sangre, desde una porción de meses antes, sin alcanzar ningun éxito decisivo. Semejante temeridad era solo perdonable si el Piamonte adquiría la completa seguridad de alcanzar cuando se hiciera la paz grandes ventajas para Italia. Por esto el general Dabormida, ministro de Negocios Extranjeros, redactó una nota en la cual debían declarar los plenipotenciarios de Francia é Inglaterra los tres puntos siguientes: 1.º Se promete al Piamonte como indemnización de los sacrificios de sangre y de dinero que quiere hacer en una causa cuyo triunfo no toca directamente á sus intereses, que no será excluido de las negociaciones de paz. 2.º Después de la guerra será tomada en consideración la situación de Italia. 3.º La Francia y la Inglaterra emplearán sus buenos oficios cerca del Austria para que se manden desembargar los bienes de los lombardo-venecianos que gozan del derecho de ciudadanía en el Piamonte. Los dos plenipotenciarios estaban prontos á prometer lo que el ministro les pedía; pero cuando llegó el momento de firmar, manifestaron que no podían hacerlo. Entonces declaró el general italiano que esta negativa cambiaba toda la situación y lo atribuyó á que los otros dos plenipotenciarios habían consultado al Austria. Consultado el caso con sus colegas, estos dijeron que no era posible arrostrar la responsabilidad de la alianza deseada sin tener las seguridades pedidas. En 10 de enero de 1855 Dabormida dimitió, siendo nombrado en su lugar el conde de Cavour, el cual firmó la entrada de la Cerdeña en la alianza de las potencias contra Rusia, y al día siguiente escribió á uno de sus amigos: «He tomado sobre mí una responsabilidad terrible; pero venga lo que viniere, mi conciencia me dice que he cumplido un deber sagrado.» Respecto de este deber escribió en seguida á la condesa Circourt: «Porque la Providencia ha querido que solo el Piamonte esté en Italia libre é independiente, el Piamonte debe servirse de esta libertad para representar la causa de la infortunada península ante la Europa. No retrocederemos ante esta misión peligrosa. El rey y el país están decididos á cumplirla hasta el fin. Sus amigos de usted, los doctrinarios y los liberales, que lloran la pérdida de la libertad en Francia después de haber ayudado á ahogarla en Italia, calificarán quizás nuestra política de loca y novelesca. Les dejo decir lo que quieran, en la seguridad de que los corazones nobles como el de usted mirarán con simpatía nuestros esfuerzos para resucitar una nación que desde siglos está enterrada en tétrica tumba. Si sucumbo, no me negará usted un refugio entre los nobles vencidos que se agrupan al rededor de usted. Admita usted este desahogo del corazón, así como la seguridad de que toda mi vida está dedicada á una obra única, la liberación de mi patria.»

Para proceder como procedió Cavour en tales circunstancias, se necesitaba una fe de roca en el triunfo de la buena causa; y en el peor caso se debía estar decidido como él lo estaba cuando dijo: «Perezca mi nombre, perezca mi fama con tal que haya Italia.»

Cuando en 26 de enero pidió la aprobación del parlamento para un tratado del cual estaba seguro que había de exi-

gir grandes sacrificios, sin saberse lo que produciría, dió una prueba de su confianza sin límites, no solamente en sus propias intenciones y en su habilidad, sino también en su fortuna; pues no pudo decir en abono del mismo tratado lo que habría entusiasmado todos los corazones italianos, porque toda la política italiana se dirigía cabalmente contra el imperio, que era el actor principal del drama. No le faltaron aplausos, sin embargo, cuando concluyó su discurso, pronunciado en 6 de febrero de 1855, con estas palabras: «Desde siete años á esta parte hacen ustedes mucho por la Italia; han mostrado á la Europa que los italianos saben gobernarse á sí mismos con sabiduría, prudencia y lealtad; mas ahora deben ustedes hacer todavía más, pues nuestro país ha de probar de nuevo que sus hijos saben combatir con valor en el campo de batalla. Créanlo, señores; la gloria que nuestros soldados traerán de las playas de Oriente hará más en favor de la Italia que todas las retóricas del mundo.»

Esta gloria era por lo pronto solo una esperanza y acaso debía continuar siendo un sueño; pero en 17 de agosto de 1855 fué una realidad cuando el público leyó el telegrama enviado el día antes por el general La Marmora: «Esta mañana han atacado los rusos las líneas del Chernaya con 50,000 hombres. El telegrama le dirá si los piamonteses son dignos de pelear al lado de los franceses é ingleses. Hemos rechazado á los rusos á los gritos de ¡Viva el rey! ¡Viva la patria! Los piamonteses han estado valientes.»

Todo lo que se había ganado en el campo de batalla pareció haberse perdido en el campo de la política cuando el 19 de enero de 1856 se recibió la noticia terrible de que el joven czar Alejandro II había aceptado sin reserva el programa de paz que le había impuesto el Austria. Si, según parecía, el Austria iba á desempeñar en el nuevo congreso de la paz un papel semejante al que hizo en otro tiempo en el congreso de Viena, todas las esperanzas de Cavour quedaban desvanecidas, pues que las grandes potencias no habían contraído ningun compromiso para apoyar la causa de Italia. Este pensamiento oprimió á Cavour. Azeglio recibió el encargo de ir á Paris para tomar parte en las conferencias de paz como plenipotenciario de Cerdeña, y aceptó el encargo bajo la condición de que tendría en el congreso los mismos derechos que los representantes de las grandes potencias. Había motivo para creer que no habría dificultad en concederle esta igualdad de derechos en vista de las repetidas declaraciones hechas sobre esto por Cavour en el parlamento; mas en realidad el caso era muy diferente. Francia é Inglaterra habían declarado cuando se llegó á tratar este punto, que la Cerdeña sería admitida solo á las discusiones que tocaran directamente á sus intereses. Para todo lo demás, atendido el uso adoptado en congresos anteriores y atendida la situación política entre las grandes potencias citadas y el Austria, consideraban peligroso admitir la igualdad de derechos entre las grandes potencias y los Estados de segundo orden. Cavour, esperando algun suceso feliz, no había dicho nada de esto á su antiguo amigo; pero éste antes de ponerse en camino encontró esta declaración de las potencias en los documentos relativos al asunto, é indignado contra Cavour y repugnándole el papel que iba á hacer, renunció el encargo y Cavour no tuvo mas remedio que pasar en persona á Paris, en la disposición de ánimo que nos revela su carta al marqués de Villamarina, ministro de Cerdeña en la capital francesa: «En vista de las dificultades en que nos coloca la no aceptación de Azeglio, no he vacilado en hacer saber al rey que yo, á pesar de los asuntos innumerables que requieren mi presencia en Turin, y á pesar de mi repugnancia al papel de diplomático, estaba pronto á ir al congreso, suplicándole que usted me asista en esta misión ingrata. Es

posible y hasta probable que esta misión sea el último acto de mi vida política. Quiero acabar de buena gana mi carrera al lado de usted, convencido de que usted me auxiliará en mis últimos momentos con el amor del cual me ha dado tantas pruebas.» La verdad era que si no lograba en Paris conseguir la igualdad de derechos que en ningun documento se le había prometido, era hombre perdido y muerto. Por fortuna pudo anunciar ya á su llegada á Paris que lo que tanto deseaba era cosa hecha y que desde el primer momento al tocar esta cuestión el conde de Walewski le dió la seguridad de que la embajada sarda sería admitida sin reserva á las negociaciones de paz; y el emperador Napoleón acabó con la última duda diciendo á Clarendon: «Otra cosa sería para mí incomprendible.»

Resuelta tan rápida y felizmente esta cuestión preliminar, se hizo lo demás sin el menor esfuerzo; el conde de Cavour se atrajo la simpatía de todos como político y como hombre de mundo. Como político se captó el respeto y hasta la admiración de los demás hombres de Estado, por sus grandes y profundos conocimientos, su criterio acerado y seguro y las dos cualidades que más dan á conocer el gran político, á saber: la mirada de águila con que desde luego, en las cuestiones más complicadas, penetraba en el verdadero fondo que importaba conocer; y la presencia de espíritu con que tenía siempre pronto la palabra acertada y más adecuada, que hacía ver á los demás lo que ellos mismos querían decir. Como hombre de mundo fué pronto el favorito de todos aquellos á quienes por su deber oficial no estaba prohibido disfrutar y admirar el genio chispeante y el carácter ardoroso y cordial, que los hombres de talento muestran hasta en sus conversaciones más animadas y fútiles.

En 30 de marzo de 1856 quedó firmado el tratado de paz con todos sus artículos principales y accesorios, que aseguraban la neutralización del mar Negro, la libertad de navegación en el Danubio y en los Dardanelos, y la independencia interior de los principados danubianos. Todo había quedado arreglado, pero de Italia no se había dicho una palabra todavía. Al día siguiente de haberse firmado la paz escribió Cavour una carta á lord Clarendon, en la cual le suplicaba que presentase al congreso una proposición «á favor, decía, de mis infortunados compatriotas que gimen en los calabozos y presidios de los soberanos italianos.» La proposición que Cavour pedía era ésta: «En vista de que la paz felizmente hecha abre para la Europa una nueva era, el congreso resuelve que se invite á los soberanos de Italia á conceder una amnistía y á tomar medidas benignas para con aquellos de sus súbditos que por motivos políticos han sido condenados á consecuencia de los sucesos de 1848 y 1849.»

En 8 de abril obtuvo Cavour un primer éxito: de una conversación muy acre entre lord Clarendon y el conde Buol sobre las circunstancias inaguantables en que se hallaban el reino de Nápoles y el Estado de la Iglesia, dedujo Cavour la consecuencia más atrevida sobre la decisión de Inglaterra, tanto que en 11 de abril declaró á quemaropa á lord Clarendon que en vista de la excitación de los partidos por un lado y de la soberbia del Austria por otro, no había para él mas alternativa que la reconciliación con el Austria y el Papa ó prepararse á la guerra hasta la muerte. En este punto se detuvo Cavour; Clarendon no mostró ni asombro ni desaprobación y dijo: «Creo que V. tiene razón; su situación se hace difícilísima y entiendo que el estallido es inevitable, solo que no ha llegado el momento de hablar de eso en alta voz;» á lo cual le contestó Cavour: «Me parece que he dado á usted pruebas de mi moderación y de mi prudencia; en política creo que se debe ser infinitamente reservado en palabras é infinitamente decidido á lograr el objeto. Hay situaciones en